

El reciente congreso anfictionico de Panamá no hace sino confirmar esta cruda y trágica realidad. La reunión padeció de un característico formalismo vacuo, sin sentido, donde aparecen mancomunados los gobernantes y sus pueblos en una unión continental, que nada tiene que hacer con vinculaciones semejantes de Europa o Asia y Africa. En éstas las vinculaciones son efectivas y prácticas. Entre nosotros una mascarada extraña. El pensamiento más divulgado que se extrajo de esa conferencia ha sido al parecer que es conveniente que los gobernantes se conozcan personalmente. Pero ni eso ha sido efectivo allí.

Volviendo a Galíndez, es posible advertir que muchos de los rasgos señalados por él como propios de la tiranía de Trujillo pueden proyectarse sobre varias democracias hispanoamericanas en donde encuentran su justo lugar, mientras no nos es posible hallarlas en las democracias europeas, digamos: el nepotismo, esa mácula vergonzante.

Desde los tiempos de Alfonso X, el Sabio, el terror fué señalado como el poderoso instrumento de las tiranías y dictaduras. Lo señalado por el sabio rey no ha perdido un ápice de su valor. Recientemente los libros de Thierry Maulnier y de Germán Arciniegas han caracterizado nuevamente este significativo rasgo.— *Cedomil Goic.*



“LA AVENTURA Y EL ORDEN”, por *Jorge Siles Salinas*. Santiago, 1956  
Ensayo

En Chile, conforme al verso de nuestro himno nacional que ofrece “el asilo contra la opresión”, hay en toda época una buena cuota de refugiados políticos. Por algo 16 de los 20 países latinoamericanos están regidos por dictaduras. Ahora forman mayoría los refugiados que provienen de Bolivia. Son personas que huyeron a raíz del vuelco en 180 grados por la política boliviana en 1952. Bolivia estuvo gobernada —¿gobernada?— durante más de un siglo por la derecha, que en los

últimos años denomínase la Rosca, la cual, en la disyuntiva de gobernar para el pueblo o para el Superestado minero, dicidióse con entusiasta servidumbre por este último. Las estadísticas sociales de tan larga noche es mejor no recordarlas: no son ejemplares. Pero, como felizmente la historia no es estática, en 1952 esa situación, bajo la presión de las masas, dió un violento brinco e hizo triunfar el Movimiento Nacional Revolucionario, corriente política de extrema izquierda que hoy, pese al *boycot* de los seculares intereses creados, aún se encuentra en el poder.

Este triunfo revolucionario tiene raíces que se hunden en el pasado. Las semillas las sembró el desastre de El Chaco (1932-1935), esa guerra en la cual "Bolivia se preparó para la derrota", según expresó el parlamentario Carlos Montenegro. Aquella derrota, que hay que cargar a la cuenta personal del Presidente Salamanca, creó en Bolivia una especie de "generación del 98", formada por escritores, políticos y militares que de consuno clamaban por una reivindicación total de Bolivia. Tal clamor, cursado ya clandestinamente, ya a la luz del sol, empezó a fructificar en 1937 con el ascenso al poder de Germán Busch, el dictador suicida. Posteriormente ese triunfo se eclipsó por algunos años, en que la Rosca volvió a salir a la superficie, hasta que reapareció en 1952, con el arribo al Palacio Quemado de Víctor Paz Estenssoro, a quien ha sucedido recientemente Hernán Siles.

Los resultados de esta nueva era boliviana, en que el Movimiento Nacionalista Revolucionario hace de las suyas, al cabo de 4 años de reajustes, desgraciadamente tampoco son del todo halagadores. Tras la expropiación de las minas y el reparto de la tierra, las cifras no acusan todavía una efectiva reivindicación nacional. El único atenuante: Bolivia, casi sin clase media, y con el 70 por ciento de su población formada por indios analfabetos, no debe de ser nada fácil de gobernar.

A la gente desafecta al nuevo régimen, que no se ha quedado corto en severidades e incluso en represalias, la vida se le empezó a hacer insoportable al extremo de tener que emigrar a Chile. Y aquí, algunas de ellas, a juego perdido, o con segunda intención, se han dedicado a desahogarse... literariamente. De esta suerte —como ano-

tó Alone— se ha ido creando toda una literatura boliviana del destierro. Los títulos de los libros que la componen bastan para darse cuenta de su contenido y de la opinión que a sus autores les merece la labor de los superizquierdistas que hoy detentan el poder con mano de hierro en el Altiplano: *Un pueblo en la cruz, Bolivia, cementerio de la libertad, Terror y angustia en el corazón de América, Bolivia en la encrucijada y La aventura y el orden.*

Todas estas obras, con excepción de la última, están escritas desde la trinchera y en un estilo hecho de obuses que se disparan a ras del suelo. Son obras eminentemente políticas, es decir, parciales. *La aventura y el orden*, en cambio, es distinta, por su contenido, específicamente sociológico, y por la persona de su autor, que se llama Jorge Siles y es hermano del actual Presidente de Bolivia, Hernán Siles. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, base de sustentación de dicho mandatario, es el partido que justamente hace de blanco en el libro de Jorge Siles. Este escritor siente verdadera alergia por la demagogia, la cual si conviene a los marxistas, para quienes el fin justifica los medios, resulta incongruente para un católico de su talla. Su libro está hecho a base de grandes planteos ideológicos, sin detenerse en los detalles y en las anécdotas que abundan en los otros libros recientes sobre el mismo tema. El estilo es pulcro, claro, eficaz, propio de quien ha frecuentado a los mejores artífices del idioma. Llama también la atención en este libro el tono en que está escrito. No es el tono de barricada, o sea, el de la imprecación histórica, ni el del resentimiento más o menos disimulado, tan propio de quienes lo han perdido todo y se encuentran ahora en la intemperie. Jorge Siles, ensayista de ejemplar independencia, ha escrito todos los capítulos de su libro con una altura de miras nada común en quien siente verdadera pasión por la política en general y por la suerte de su patria en particular. El autor de *La aventura y el orden*, por su edad, que aún no llega a la treintena, debiera de haber escrito el libro más violento de todos. Ha sido al revés, sin embargo. Por eso, los lectores

que no lo conozcan personalmente, al conocer sus hondas y serenas reflexiones, deducirán que su autor es uno de esos hombres encanecidos que ya vienen de vuelta. Abona, es claro, esta actitud tan sazónada del joven escritor, su condición de intelectual puro. Jorge Siles, hijo de un ex Presidente de su patria, se ha desarrollado siempre en un ambiente de gran densidad intelectual. En Madrid fué alumno de José Ortega y Gasset, y en La Paz, fué profesor de Filosofía de la Historia, cátedra que actualmente dicta en la Universidad Católica de Valparaíso.

A través de todas las páginas de *La aventura y el orden*, se respira una atmósfera de sincero cristianismo y, por consiguiente, una pureza que rara vez se encuentra en los libros de tesis política. Dijérase que Jorge Siles se subió a los picachos más altos de Bolivia —al monte Ancohuma— y desde ahí, poseído de un gran deseo de unidad nacional, concibió su libro. ¿Sus postulados? Una especie de Santísima Trinidad terrenal: catolicismo, hispanidad y tradición. O sea, algo superlativamente discutible. Y pruebas al canto, aunque sea con detalles: el catolicismo frenó durante toda la Edad Media el desarrollo de las ciencias al extremo de encarcelar a Galileo por la blasfemia de afirmar que la tierra es redonda; la hispanidad no es una fórmula muy atractiva de seguir si España, que hoy yace gobernada por un régimen no menos totalitario que el de Bolivia, es el país más atrasado de la Europa occidental; a su turno, la tradición, aplicada al marco boliviano, históricamente significa esclavitud sin horizonte, vale decir, algo en absoluto recomendable.

*La aventura y el orden*, junto a sus aciertos, contiene varias otras afirmaciones que se prestan igualmente a la controversia ideológica. Sin embargo, por muy distinta y hasta contraria que sea nuestra posición, la verdad es que no dan ganas de replicar a su autor ni mucho menos de combatirlo. Porque, por encima de las diferencias doctrinarias, en el libro de Jorge Siles está siempre presente, y en primer plano, su transparente pureza moral. A nuestro juicio, Jorge Si-

les, idealista a ultranza, enarbolando tales postulados, es un hombre sano y hasta santamente equivocado de camino. Pero como su meta es la única que cabe decentemente sustentar, preferimos, en este caso tan especial, no hacer cuestión de esos caminos e identificarnos con Jorge Siles en la misma y común esperanza: la pronta vigencia en Bolivia de un régimen gubernativo que esté a la altura del pueblo, el cual, por lo mucho que ha sido postergado, merece un destino superior y no menos alto que sus propias y fabulosas montañas.—*Edmundo Concha.*

Santiago, agosto de 1956.